



Domingo, 22 de junio de 2003

[Webmail](#) | [Alertas](#) | [Envío de titulares](#) | [Página](#)
[PORTADA](#) | [ÚLTIMA HORA](#) | [ECONOMÍA](#) | [DEPORTES](#) | [OCIO](#) | [CLASIFICADOS](#) | [SERVICIOS](#) | [CENTRO COMERCIAL](#)

[EDICIÓN IMPRESA]

Portada

[Ciudadanos](#)

Política

Opinión

Mundo

Economía

Deportes

Sociedad

Cultura

Tecnología

Televisión

Gente



[MULTIMEDIA]

Vídeos

Imágenes

Gráficos

[PARTICIPA]

Foros

Chat

NUEVO
canalseguros
Compara polizas y ahorra en el seguro de tu coche

Y ADEMÁS:

- Defensa multas
- Retirada carnet

[CANALES]

Aula Cultura

Bolsa Directa

Canal Bodas

Canal Ciclista

Canal Meteo

Cibernauta

Cine

■ OPINION

ARTÍCULOS

De identidades y fantasmas

JOSÉ LUIS ZUBIZARRETA/

Exhortaba el otro día el lehendakari, reunido con quienes celebraban el Día de Galicia en Euskadi, a que cada uno mantuviera siempre clara y viva su identidad nacional. Y añadía, para remachar -supongo- la exhortación con un golpe de argumento, que «las personas y los países que olvidan sus raíces están condenados a deambular como fantasmas». La cosa me chocó. Me sentí de pronto transportado a tiempos muy lejanos, y me vino a la memoria aquella otra recomendación similar con que me despidió, inculcándomela como si de un mandato se tratara, otro nacionalista de bien y buen amigo de mi padre, cuando, en mi temprana adolescencia, me encontraba yo a punto de ausentarme por un tiempo de mi tierra: «No olvides nunca -me dijo- que eres vasco».

Imprimir

Enviar

Aquel mandato, por venir quizá de quien venía o por lo taxativo y perentorio de su formulación, pesó durante años sobre mi conciencia con la misma gravedad con que sobre ella pesarían -digo yo- los mandamientos apodícticos del tipo 'no matarás' o el mismísimo imperativo categórico de Kant. Mi ser vasco no podría ya tomármelo a la ligera, como si fuera un hecho contingente que los caprichos de la historia me hubieran regalado, sino que tendría que asumirlo como una especie de categoría transcendental que condicionaría mi existencia desde más allá de su mismo comienzo y como un deber que interpelaría en todo momento mi más profundo sentido de la responsabilidad. Afirmarme en todas partes como vasco y pasear mi vasquidad por todo el mundo sería algo así como la misión que la propia naturaleza había querido encargarme y que, en caso de que yo me negara a llevarla a cabo, cargaría en mi deber existencial como un acto de traición a mi persona y un crimen, además, de lesa patria.

Por fortuna para mí -aunque para desgracia, según parece, de quienes, como el propio lehendakari, todavía siguen a pie juntillas el mandato de aquel nacionalista de bien y buen amigo de mi padre-, el fardo identitario que durante tanto tiempo me he sentido obligado a llevar sobre mis hombros ha ido perdiendo buena parte de su peso y hoy ha quedado reducido a una carga de tan liviana levedad que sólo la noto cuando alguien me la recuerda con halago o con malicia me la echa en cara, que de todo hay en la vida. Como esa peculiar entonación del habla que nunca te abandona.

El proceso -para qué darme importancia- no ha sido ni complicado ni doloroso, al contrario de lo que suelen decir de los procesos interiores quienes se sienten llamados a escribir memorias. Ha sido, más bien, entretenido y, si se me apura, hasta un tanto jocoso. Sólo me ha exigido un punto de sinceridad al mirarme a mí mismo y otro de modestia al compararme con los demás, aparte de una mínima dosis de sentido del humor. Pero no se trata ahora de relatar la peripecia personal que me ha llevado a donde ahora me encuentro. Lo importante es dejar constancia de un par de cosas más generales.

La primera es el incontable número de vascos que, como yo, han ido aligerando esa insoportable carga de identidad heredada que, lo mismo que a mí, los abrumaba, y la segunda, la sensación que tanto ellos como yo compartimos de que no por ese aligeramiento estamos deambulando por la vida como fantasmas sin consistencia. Al final, hemos echado mano de los retales que hemos ido encontrando, aquí y allá, por el camino, y hemos sido capaces de coserlos en un centón que nos sirve, al menos, para dar satisfecita cuenta de nuestra nueva identidad adquirida. Nos sentimos, en este sentido, bastante plurales por dentro, incluso -por qué no decirlo- un tanto heterogéneos y contradictorios, y nos causa enorme perplejidad, y una pizca de irritación y repugnancia, esa pregunta que, con machacona

Deporte XXI
Ekoplaneta
Evasión
Formación y Empleo
Gastronomía
Guggenheim
Infantil
Juegos
Legal
Libros
Mh Mujer
Moda
Motor
Padel
Planetfutbol
Subvenciones
TVInteligente
Viajes

periodicidad, se nos hace en las encuestas, forzándonos a que nos definamos en términos de 'sólo vascos, vascos y españoles, más vascos que españoles, más españoles que vascos o exclusivamente españoles'. Pensamos que la identidad, así definida, nos reduce en demasía las opciones por las que nos hemos inclinado y no da cuenta cabal de lo que hemos querido hacer con nuestras vidas.

Para mí, y para esos otros muchos como yo, ser vasco u otra cosa no es ya, a estas alturas de la historia, más que el portillo necesario, a la vez que contingente, por el que hemos tenido que acceder a la condición de seres humanos. Necesario, porque por alguno había que entrar, y contingente, porque podría haber sido cualquier otro. El punto de llegada -la comunión con toda la Humanidad- nos importa mucho más que el de partida, y, aunque en aquél nunca estaremos del todo, a él nos gustaría acercarnos poco a poco, incluso si para ello tuviéramos que ir desembarazándonos de los condicionamientos que este último nos impone.

El caso es que miles de vascos hemos ido negociando nuestra identidad -cualquiera que la de cada uno sea- en el silencio de nuestras vidas privadas y que para nada nos sentimos seres fantasmagóricos porque aquélla no coincida con ningún patrón que se nos haya establecido de antemano y desde fuera. Así es además como debe ser en una sociedad moderna. La historia ha demostrado hasta la saciedad que, cuando el poder político se mete a enredar en asunto tan delicado, los resultados suelen ser catastróficos. No hace falta más que echar una mirada crítica a la Europa de la primera mitad del siglo pasado y, más recientemente aún, a la de los albores del presente para verificar la corrección de la anterior afirmación. El discurso de la identidad, cuando se esgrime desde la política, resulta siempre peligroso.

La cautela es más recomendable aún en la situación que vive Euskadi. Cuando una minoría se dedica a definir, primero, la identidad nacional y a convertirla, después, en asesina, la responsabilidad de los poderes públicos consiste precisamente en crear y preservar las condiciones para que los ciudadanos puedan elaborar las suyas propias en libertad. Éste es, o debería ser, el sentido último y profundo del constitucionalismo y de su derivada del patriotismo constitucional, por mucho que ambos términos se hayan cargado en nuestro país de connotaciones espurias y oculten, a veces, actitudes de claro tinte nacionalista. A los nacionalismos, en cambio, a todos ellos, sean del signo que sean, incluso cuando se autocalifican de constitucionalistas, les acecha siempre la tentación de azuzar las identidades, para, enfrentándolas unas con otras, asegurarse sólidas posiciones de poder.

La laicización ha sido una conquista larga, pero irreversible, de lo que conocemos como civilización occidental. En la medida en que la religión ha dejado de ocupar el espacio público hemos crecido en tolerancia, en capacidad de entendimiento y en libertad. El discurso de las identidades nacionales, por el contrario, sigue ahí, adherido a la política y desestabilizando la convivencia. Como la religión en su día, la identidad de individuos y colectividades habrá de pasar al estricto ámbito de lo privado y ser negociada directamente por los ciudadanos. Del poder político sólo cabe esperar que nos garantice las condiciones necesarias y suficientes para que tal negociación pueda llevarse a cabo en libertad. Nada más, pero tampoco, desde luego, nada menos.

Subir

© Copyright EL CORREO DIGITAL, S.L., Sociedad Unipersonal
Domicilio c/ Pintor Losada, 7 (48004) Bilbao
Inscrita en el RM de Vizcaya: Diario 229, Asiento 159,
Tomo 3823, Libro 0, Folio 200, Sección 8, Hoja BI-26064
C.I.F.: B-95050357

Contactar / Mapa web / Aviso legal / Política de privacidad / Publicidad / Master El Correo / Club Lector 10

Power

EDICIÓN IMPRESA

Suscríbete a
Diario El Correo.
¡Consigue grandes
ventajas!